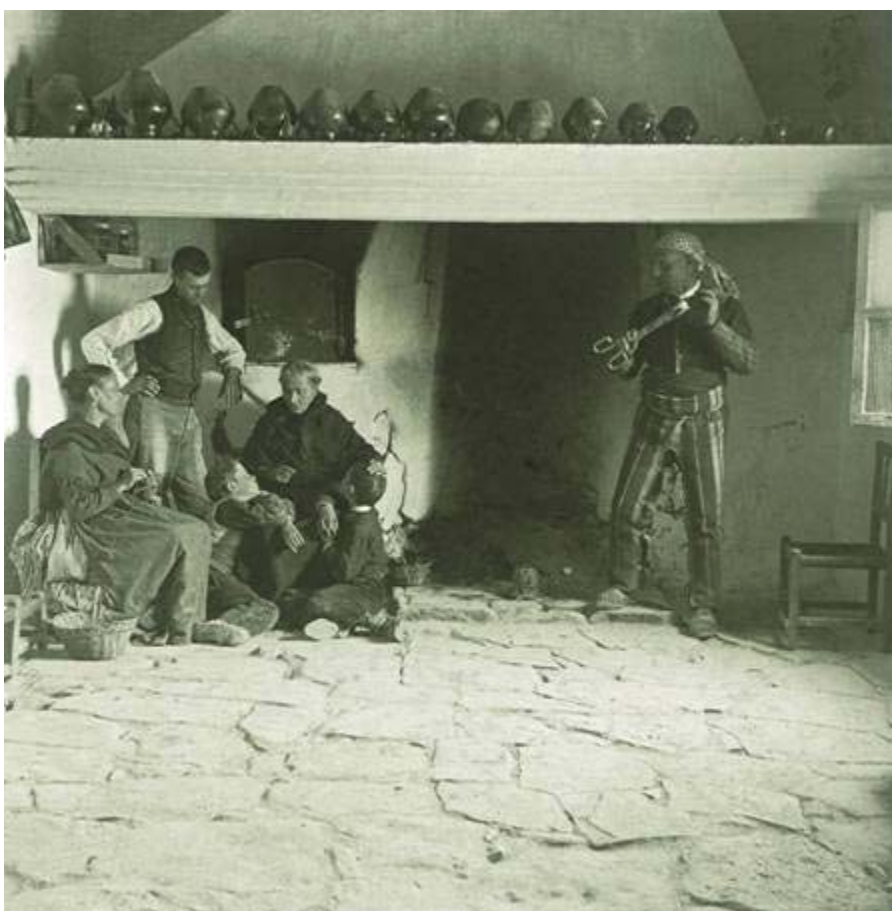


AQUEL CORTIJO DE NUESTROS AÑOS JÓVENES



AQUEL CORTIJO DE NUESTROS AÑOS JÓVENES

Jaén, marzo de 2008

Querido primo Esteban,

Desde hace unos días me encuentro revisando viejos papeles y recuerdos acumulados en un trasteado baúl, que mis padres trajeron a la capital cuando dejamos el pueblo y, mira por dónde, me he topado con una vieja foto en la que tú y yo estamos junto al regazo de la abuela Clotilde. ¿Recuerdas aquellos veranos en los que venías, a pasarlo con nosotros, mientras tus padres se iban a trabajar a la costa? En la foto también están mis padres y el tío Eusebio, el “chache” como le decíamos. Es un instante congelado en la lente de la antigua cámara, como un daguerrotipo fijo, pero no me ha sido difícil ir calentando las imágenes y todas ellas han ido tomando vida en mi memoria. De aquella foto sólo quedamos tú y yo. Padre nos dejó antes, dicen que por la enfermedad que lo aquejó durante años, mas, sin embargo, yo pienso que no asimiló jamás la necesidad de dejar el cortijo. Aquello era su vida y la del agüelo, que le había enseñado los menesteres de la campiña y la faena con los olivos. En la ciudad, en cambio, no se entendía ni la ciudad lo entendía a él. El tío Eusebio le convenció de que había que modernizarse y que el progreso no estaba en el campo sino en la capital y montaron aquel negocio de ultramarinos que los fue comiendo a los dos hasta que cuando se quedó solo, tío Eusebio, cerró el negocio y se fue a Alemania. Le perdimos la pista, luego supe, por parientes lejanos, que se había casado, luego se separó y murió sin descendencia. Abuela y madre se adaptaron mejor a la casa de la ciudad, porque en el fondo vivían resignadas como les solía suceder a las mujeres de aquella época. Sin embargo, nunca dejaron de añorar la vida en el cortijo. Padre lo había arrendado y al final, con las deudas del negocio de la capital, hubimos de venderlo.

Por las tardes, cuando regresaba del colegio, se volvía a repetir la escena de la foto, pero en este caso estaba yo sólo junto a madre y recostado sobre las rodillas de abuela. Mientras tomaba la merienda, las gachas, cuyo sabor espeso aún siento en mi paladar, ellas me contaban cómo al llegar el tiempo de cosecha se recogían las espueñas, los faldones, las varas, los garabatos, las subideras y las mondas y se iban a hacer el jornal. Me decían que parecía dura, pero que era una época feliz. A madre le gustaba contar como conoció a padre vareando aceitunas...cuando tocaba “ordeñar” el olivo, varear, recoger y mondar la aceituna y ella se dedicaba a recogerlas de los faldones. Abuela, competía en recuerdos y decía que todavía, si hacía un esfuerzo de memoria, veía al agüelo plantando olivos, marcando el tresbolillo o al cuarto real, labrando la tierra, alzando, binando, abonando, haciendo injertos y podando. Y yo preguntaba, ¿si aquello era tan bello, por qué nos fuimos? y nunca respondían, abuela sonreía y madre bajaba la cabeza.

De aquellos recuerdos de verano, de aquel cortijo de nuestros años jóvenes, hoy, sólo me queda esta foto. He pedido que me hagan una copia y te la adjunto a esta carta.

Recibe un abrazo de tu primo Julián

Montevideo, abril 2008

Querido Primo, veo, que como en la foto, tú también te niegas a modernizarte, me escribes por correo ordinario cuando ya hemos entrado en la era de la comunicación e incluso por Internet nos habríamos escrito antes y más rápido y la foto me la hubieras podido enviar escaneada. Si te soy sincero, cuando tuve la foto entre mis manos sentí una doble sensación de nostalgia y de dolor y te confieso que he llorado desconsoladamente. Me pregunto si la infancia se pierde o se rescata. Por aquí

apuntan, en esta tierra de emigrantes, que “la verdadera patria es la infancia” y esta imagen, congelada como tú dices, me ha, curiosamente, calentado el corazón. Hace tantos años de aquello y, sin embargo, sigue presente en mí. Quizás, tu y yo seguimos siendo los mismos niños de la foto, hoy, no somos más que el resultado de aquellos años de nuestra niñez. Tengo perfectamente grabado en mi memoria aquel día. Recuerdas, la cantidad de veces que Don Arturo nos hizo posar. Don Arturo Cerdá, creo que así se llamaba. Era un verdadero artista, cuidó al detalle la ropa que nos pusimos, los fondos, los contraluces, la postura. Tío Eusebio tan elegante como siempre, y tu padre, ¡qué gracia!, no sabía como ponerse. Primero Don Arturo lo sentó en la silla, luego hizo que se pusiera de pie y no se quedaba quieto...! Con la foto en la mano recuerdo aquel día como si fuera hoy. Don Arturo le dijo a la abuela que nos contara algo. ¿A que no recuerdas lo que nos contó? ¡nos dio la receta de las gachas! ¿no lo recuerdas?... nos dijo que “en una sartén o en un perol se pone aceite a calentar, luego una cáscara de limón hasta que se dore, luego anís, un poco de azúcar, una rama de canela desmenuzada y leche dejándola que hierva a fuego lento, luego harina, sin dejar que se hagan grumos y entonces dejar que rompa a hervir de nuevo sin parar de remover” e insistía sin dejar de remover...Estuvimos posando tanto tiempo y tantas veces que, si no recuerdo mal, la abuela habrá repetido la receta unas diez o doce veces.

Bueno, primo, a ver si te modernizas. Cómprate un ordenador y nos podremos comunicar más a menudo. No sabes la alegría que me ha dado tener noticias tuyas y no sabes, hasta que punto, te agradezco que me hayas enviado la copia de esta foto.

Te recuerda tu primo Esteban

Jaén, mayo 2008

Querido Esteban,

Tienes razón, me resisto a modernizarme. Debe ser un resabio de los años en los que vivimos en la capital. Es curioso, aquella foto fue decisiva en nuestras vidas. Cuando Don Arturo terminó aquella sesión madre le ofreció de beber aguacebá que a ella le gustaba tanto preparar con agua, azúcar, canela y harina de cebada tostada y cernida, y que a ti te encantaba, y luego padre y tío Eusebio se quedaron charlando con él sobre la vida en la ciudad y en los pueblos. Yo creo que fue entonces cuando el tío Eusebio comenzó a columbrar la idea de irse a la capital y montar un negocio con padre, su cuñado. Nunca te lo dije, bueno, es que no tuvimos oportunidad, éramos tan chicos, pero en los retazos que oí de aquella conversación sentí vértigo. La vida en el cortijo tenía para mí la fuerza y la mácula que dejan las raíces y el campo, los olivos que nos rodeaban, como quien nos cobija con una manta de aceitunas, me daban la paz que perdería en la capital. Por ello cuando abuela y madre murieron, lo hicieron con muy poca diferencia, madre no soportó la ausencia de la abuela Clotilde y se fue agotando lentamente y en dos años perdió las ganas de vivir. Con ella enterré mi vida en la ciudad. Con los ahorros que heredé más algún dinero que había acumulado con la venta de aceite en granel a comerciantes italianos puede comprar estas tierras y regresar al campo. Como comprenderás querido primo tengo una cierta aversión a lo que signifique modernismo. No he tenido pareja, no tengo hijos, soy lo que se dice un ermitaño huraño que goza más con la soledad que con la compañía y si te digo la verdad, mis verdaderos amigos son los olivos y los almendros que rodean la casa en la que habito y los cultivos de secano tan propios de estas tierras. A veces pienso que me parezco a padre y tú a tío Eusebio. ¡Mira la foto!, no deja de ser curioso que tu estas a

su lado y yo del lado de padre, es como si la imagen que congelamos aquél día hubiera marcado nuestros destinos en la placa fotográfica. La mano de abuela sobre mi cabeza... es como si la sintiera ahora mismo... me da escalofríos.

Que quieras que te diga, me resisto a cambiar, además, a mi edad ya es imposible. No es ninguna tontería lo que te digo, yo he seguido la impronta de padre y tú la de tío Eusebio. Padre fue un hombre pegado a la tierra, nunca debió dejar el cortijo, y yo soy igual, por eso he vuelto al campo. Tú eres, en cambio, pura dinamita, como el chache, siempre buscando nuevos horizontes, nuevos retos, tío Eusebio partió para Alemania y allí contrajo matrimonio con una nativa, tú has hecho algo parecido en Uruguay y también te has casado allí. Me llama la atención que sobre esta foto hayamos podido refrescar tantos recuerdos que se almacenaban en la trastienda de nuestra memoria...

Te abraza Julián

Montevideo, junio 2008

Julián, te voy a dar una buena sorpresa: dentro de un mes tendré que ir a Europa por cuestión de negocios y he pensado que voy a darme una vuelta por Jaén y por supuesto te iré a visitar a tu cortijo en Villa de Cabra del Santo Cristo. Como será para el mes de agosto, quiero aprovechar para participar en las fiestas del Cristo de Burgos y además, inscribeme en el campeonato de ajedrez que se celebra en esas fechas pues en Montevideo me he aficionado y creo que soy bastante bueno. Esta foto me ha generado tantos recuerdos que creo que ha llegado el momento de hacer balance. Tu mismo me lo decías en tu última carta, tenemos casi la misma edad y hemos vivido vidas paralelas, pero tan disímiles. Tu te aferras a la tradición y yo, por el contrario, necesito cambiar, modernizarme, arriesgar...Me llama la atención que habiendo recibido la misma formación, o al menos parecida, ¡que habiendo comido las mismas gachas de la

abuela! hayamos, luego, emprendido caminos tan diferentes. A mí, la vida en el cortijo, sin duda, me gustaba, pero sólo para los veranos, las veces que os visité en invierno me sentía como aferrado al pasado. Aquellas tardes enteras frente a la lumbre a la que tu padre acarreaba la leña y tu madre atizaba. Esa misma chimenea que ahora apagada veo otra vez en la foto. Nos sentábamos en las lajas del suelo en ese punto intermedio en que el calor del hogar las había calentado. Allí jugábamos a las canicas y hacíamos meque con las cristalas y, sobre todo, hablábamos mucho. Luego tu madre nos daba aquellas suculentas vasijas de andrajos con liebre y hierbabuena y el condumio y la hogaza. Desde que partí hacia América del Sur nunca más las he vuelto a probar y te puedo asegurar que al escribirte estás líneas siento su sabor nostálgico en mi paladar. Yo quería ser capitán de navío y tu, es verdad ahora que lo recuerdo! querías tener un gran cortijo. Qué vueltas da la vida, tu tienes un cortijo y yo de navío sólo tengo el mar que me separa de aquellos días de nuestra infancia.

Nos vemos dentro de poco tiempo!

Hasta pronto, Esteban

El aeropuerto Granada-Jaén estaba abarrotado de turistas, algo propio en el mes de agosto. Esteban descendió por la escalerilla del avión que lo traía de Madrid y con rapidez se calzó las gafas negras pues el sol arreciaba. Al llegar al edificio de la Terminal, cogió la maleta de la cinta transportadora y salió hacia el encuentro de Julián. Estaba nervioso, era como coger las páginas de un viejo diario y pasarlas hacia el principio. Hacían ya casi treinta años que no veía a su primo y en unos pocos meses, una simple foto había reavivado tantas evocaciones...Pasó la mano por debajo de su

chaqueta y sintió con los dedos la textura de la foto que había traído consigo como una suerte de talismán, pasaporte o documento de una identidad añorada.

¡Cómo había cambiado todo! Un aeropuerto de provincia, pero se notaba que había sido reformado y ampliado varias veces.

Cuando pasó a la zona de espera, se topó de bruces con una muchedumbre expectante y le costó mucho identificar a su primo entre ellos. Se quitó las gafas negras para ser reconocido. Julián había engordado, casi no le hubiera reconocido si no fuera por aquella sonrisa picarona que siempre había tenido y que los años no le habían arrebatado. Se dieron la mano como dos desconocidos, pero enseguida se fundieron en un abrazo.

Esteban, ¡estás igualito!

No mientas, la barba oculta las arrugas...

Tengo el coche fuera en el aparcamiento. Dame la maleta.

La carretera de Granada a Jaén ya no es la de antes con sus puertos y su doble sentido, tan peligrosa hace apenas unos años. Ahora una autovía realiza el trazado sobre los bordes de la campiña y, sin embargo, se hace innegable que nos vamos adentrando en Jaén, cuando nos introducimos progresivamente en ese universo de olivos recortados sobre la falda de las serranías. Para Julián todo seguía igual, pero para Esteban todo había cambiado.

Primero, las preguntas protocolarias después de tantos años, sin embargo, cada vez que se iban adentrando en la provincia de Jaén guardaron silencio, un silencio ritual, casi espectral, mientras la noche se recostaba sobre el horizonte singular de aquella tierra de olivos.

Te llevaré a un sitio que aún perdura de nuestra época, rompió Julián el silencio, “El Gorrión” ¿lo recuerdas?

Claro que si, ¿en la calle del Arco del Consuelo? Qué buenos caldos y mejores tapas, aquellos quesos...

Bueno, lo mejor eran nuestras largas charlas con Pepe y Tomás.

¿Qué ha sido de ellos?

Ahí andan... como siempre

Como siempre, como siempre, para ti Julián nada cambia...lógico, ¡si eres el mismo de siempre!

Si no estás demasiado cansado nos tomamos unas tapas en “El Gorrión” y luego nos vamos para el pueblo.

Hombre, la idea me encanta.

La ciudad de Jaén había cambiado mucho desde que Esteban se había marchado a América, sin embargo, el casco antiguo seguía teniendo su mismo carácter. La Calle Maestra, la Catedral, el Arco de San Lorenzo se agolparon a borbotones como recuerdos que intentaban salir confusos y acelerados y otra vez, cuando ingresó en la centenaria taberna cogió del hombro a su primo. *Tienes razón, a veces parece que el tiempo se detiene*, y Julián sonrió.

La madera de las cubas embebidas y los vapores etílicos hacen de las viejas tabernas un lugar peculiar. Los aromas y los sabores se mezclan con el sonido dicharachero de los parroquianos y todo aquello es una suerte de aquelarre que a medida que el alcohol va haciendo sus efectos resulta casi fantasmal y en ese cuasi estado de transe se van diciendo aquellas verdades que jamás se volverán a repetir fuera de las puertas de aquel recinto encantado.

Julián no bebas mucho, que luego tenemos un viaje largo hasta el pueblo.

No. Seré prudente. Verás, en eso si hemos cambiado mucho, ahora hay controles y te quitan puntos en el carnet!

Si, lo había leído, pues entonces se prudente.

Julián extrajo de su chaqueta una pequeña carpeta de cartón con los bordes ajados y ajustada por un elástico. La abrió y mostró a Esteban una serie de papeles y dibujos.

En el baúl, junto a la foto, también encontré estos papeles. Mira estos son unos dibujos tuyos de cuando querías ser capitán de navío.

Esteban los cogió con delicadeza y acarició con sus finos dedos aquellos dibujos de veleros y barcos mercantes sobre los que él, hacía ya tanto tiempo, había depositado las esperanzas y los sueños de su juventud. Se perdió por un momento en el velamen desplegado de aquellos bosquejos y se sintió de nuevo como en la foto, recostado sobre las rodillas de la abuela y oyendo el trinar de los pájaros del verano que como ellos con sus pensamientos podía volar a tierras lejanas. Cuando levantó los ojos para mirar a su primo, lo vio nublado pues tenía los ojos enjugados en lágrimas.

Bueno, no es para ponerse así, pensé que te gustaría verlos. Quédatelos. También, encontré algo más curioso, esta carta que te escribí pero que nunca te la di.

¿De qué se trata?

Recuerdas a Dolores, Lola, la niña que vivía en el cortijo de al lado?

Si, aquella morenilla de piel tostada e inmensos ojos negros.

Ella también estaba el día que tomaron la foto, pero Don Arturo no quiso que posara, porque quería retratar un instante en la vida de una misma familia.

Recuerdo que me gustaba mucho, agregó Esteban, incluso pensé que me había enamorado.

Pues eso es, argumentó Julián, yo también sentía hacia ella el mismo sentimiento y me había dado cuenta de tus intenciones y fue entonces cuando en un arranque de bravura te escribí esta carta que jamás te entregué.

Tendrías que habérmela dado entonces. Recuerdo que una vez nos dijo que no quería ser cortijera y que quería estudiar y no ser como tu madre o la abuela.

Si, lo recuerdo, y aquello me dolió mucho.

Yo, en cambio, la entendía. ¿Qué fue de ella?

Se fue a Granada a estudiar y creo que ahora vive en Madrid, donde trabaja como enfermera.

Ambos guardaron un momento de silencio, como queriendo rescatar del olvido aquellos retazos de conversaciones que se habían enterrado en la nebulosa del tiempo.

Tenía razón, comentó Esteban, las mujeres de nuestro tiempo tenían que superar las trabas con las que se enfrentaron nuestras madres, atadas a la tierra o al marido. Es una fortuna que los tiempos hayan cambiado el ritmo de las cosas y las mujeres puedan actuar por sí mismas y buscar dentro y fuera de ellas su propio destino.

Si, Esteban, ya sabes que tengo tendencia a apegarme a las cosas y a las costumbres, pero es verdad, madre era la imagen misma de la resignación y sin embargo era tan inteligente, a la muerte de padre fue ella la que administró los pocos recursos que teníamos y sacó adelante a la familia. Si hubiera podido estudiar...ella, muchas veces me decía que le hubiera gustado ser maestra.

Así es, Julián, pero ahora también tenéis Universidad en Jaén y las mujeres van cogiendo las riendas de sus propias vidas, eso es magnífico. Ahora, todos, hombres y mujeres tienen el mismo derecho a ser lo que desean ser y además, la posibilidad de tener las vías para su formación mucho más cerca. La foto también es un estereotipo de lo que fue y afortunadamente ha cambiado.

Sin embargo, Esteban, en esta foto siento la fuerza de las raíces y mirarla me recuerda de donde vengo y cuánto debo a mis padres.

¡Eres incorregible! Hemos llevado dos vidas paralelas y, sin embargo, pensamos tan distinto.

No creas, yo también estoy de acuerdo contigo, me alegra saber que Lola no se quedó en el cortijo y me reconforta saber que la mujer se haya liberado. En la Universidad de Jaén he oído que se realizan estudios de género, como se les llama ahora, pero yo sigo sintiendo la atracción de la tierra y la fuerza del campo y cada día que pasa me siento más lejos de las ciudades y más cerca del terruño.

Mira Julián, si todo esto no es incompatible, pero es muy importante que las cosas hayan cambiado para las mujeres e incluso para nosotros, que cada cual pueda elegir con libertad la vida que desea.

Los dos primos siguieron charlando y recordando y como en una suerte de madeja de lana, como aquella que enrollaba la abuela antes de tejernos los chalequillos para el invierno, y fueron tirando del hilo hasta agotar todas las imágenes posibles de aquellos años de la primera juventud.

La mañana siguiente, los despertó con el sonido del corral. Desayunaron un tazón de leche caliente, hogaza con aceite y luego unos borrachuelos que a Esteban le supieron a gloria bendita. Agosto se presentaba caluroso y los cabrillenses se preparaban para las fiestas patronales en honor del Santo Cristo de Burgos que, en el siglo XVII, diera nombre a la antigua ciudad de Cabrilla.

Julián, deberíamos acercarnos al viejo cortijo. ¿Quiénes son ahora los dueños?

La tierra los tiene, pero la casa está abandonada. Si te apetece podemos ir dando un paseo, aunque tu, que ya eres forastero y capitalino, no se si aguantarás.

¡Vaya! Qué poca fe me tienes Julián... anda, vámonos.

Coge aquellos sombreros de paja que el sol va a pegar fuerte.

La mañana era espléndida, pero el mediodía amenazaba con ser caluroso. Los primos caminaron buscando atajos hasta pasar junto a la vieja encina y al Puente de tierra. Julián quiso acercarse porque le habían dicho que la habían declarado monumento natural y se alegró pues tantos recuerdos le traía aquel recio tronco que se elevaba enhiesto, desafiando al tiempo.

La encina es como tú, se burló Estaban, allí está permanente, apoyada en sus raíces.

Julián sonrió y replicó. *Y tú como el Puente de tierra buscando nuevos horizontes sobre los abismos...*

Bueno, al menos somos ocurrentes...

En una hora más llegaron a lo que quedaba del destartado cortijo. La estructura seguía en pie, pero la techumbre había perdido su consistencia y estaba en gran parte hundida. Los muros descascarados y las ventanas rotas. Curiosamente el portón aún se mantenía en pie y cerraba el paso al interior. Con un empujón Julián le hizo ceder y el madero crujió mientras se desplazaba. Esteban sacó la foto que tenía en su bolsillo.

La vamos a necesitar –dijo– para poder recomponer la escena. ¡Cuanta tierra! ¡Qué sucio está todo!

Vamos Julián, no seas escolimao, ¡que tampoco es tanta la sucumbre!

Luego, permanecieron un largo rato en silencio, cada uno rescatando sus vivencias y las imágenes que se les escapaban entre un pensamiento y otro, entre un sonido y otro, en medio de aquellos olores tan propios de la casa abandonada y curtida por el sol, el frío y el viento en todos estos años vaciada de vida. Sobre el defán de la chimenea ya no estaban los cacharros de cerámica. Tampoco lo estuvieron después de la foto, ya que había sido un recurso estético del artista fotógrafo, no obstante, aquel rincón aún permanecía igual, pero sin los personajes.

*Primo, se me está ocurriendo una idea. ¿Tu te has quedado con el original de la foto?,
¿La que me enviaste a Montevideo es una copia?*

Si, si, en efecto.

Entonces vamos a hacer una cosa. ¿Llevas contigo el mechero de yesca?

Si, aquí tengo mi chisques ¿para qué lo quieres?

*Los aborígenes en América del Sur dicen que el fuego te comunica con lo invisible.
Vamos a hacerles caso...los personajes, nuestros parientes que están en la foto, pero
que hoy faltan aquí, están en esa parte de la naturaleza que es lo invisible. Vamos a
quemar la foto en esta vieja chimenea y, en el fuego y el humo, estarán otra vez
presentes.*

Ja!, ja! Y tú eres el que te dices moderno...

*Bueno, una cosa no quita la otra, Julián, los extremos al final se dan la mano...a ver,
probemos...*

El fuego fue doblando el papel acartonado de la foto y las llamas se elevaron sobre las figuras con fuerza. Esteban y Julián, miraban de pie el fondo de la escena y ambos creyeron ver otra vez rediviva la antigua escena familiar y un extraño estremecimiento les recorrió todo el cuerpo. Dejaron el caserón sin mediar palabra y así llegaron hasta el pueblo que ya se encontraba engalanado para sus festejos patronales. Nunca olvidarían aquella escena que surgiera de la foto en llamas.

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert